

«El advenimiento de la Sociedad postindustrial.  
Un Intento de prognosis social».

*Introducción*

Este es un ensayo de prognosis social. ¿Pero se puede predecir el futuro? La cuestión es engañosa. No se puede, aunque sólo sea por la razón lógica de que no existe «el futuro». Utilizar un término en este sentido es reificarlo, afirmar que semejante entidad es una realidad<sup>1</sup>. La palabra *futuro* es un término relativo. Sólo se puede discutir sobre el futuro de *algo*<sup>2</sup>. Este estudio trata sobre el futuro de las sociedades industriales avanzadas.

La prognosis difiere de la predicción, y aunque la distinción es arbitraria, conviene que la establezcamos desde ahora. Habitualmente las predicciones se refieren a acontecimientos –quién ganará una elección, sí un país irá o no a la guerra, quién vencerá en ella, la condición de una nueva invención–, es decir, se centran sobre decisiones. Pero en cuanto tales predicciones, aunque posibles, no pueden ser formalizadas o sometidas a reglas. La predicción de los acontecimientos es inherentemente difícil. Los acontecimientos son la intersección de vectores sociales (intereses, fuerzas, presiones y cosas semejantes). Aun cuando de alguna manera se puede determinar la fuerza de esos vectores individualmente, se necesitaría una «física social» para predecir los puntos de cruce donde se combinan las decisiones y las fuerzas no sólo para producir el acontecimiento sino, lo que es más importante, su éxito. La predicción, por lo tanto (y la Kremlinología es un buen ejemplo) está en función en alto grado de un conocimiento y servicio detallado de las interioridades que proceden de una amplia imbricación con la situación.

La prognosis es posible donde se dan regularidades y recurrencias de los fenómenos (éstas son raras), o donde se dan tendencias cuya dirección, sí no la trayectoria exacta, se puede dibujar en series temporales estadísticas o formularse como tendencias históricas persistentes. Sin embargo, se trata siempre necesariamente de probabilidades y de un conjunto de proyecciones posibles. Pero las limitaciones de la prognosis son también evidentes. Cuanto más se avanza en el tiempo con una serie de prognosis, mayor es el margen de error, puesto que el abanico de las proyecciones se extiende. Y, lo que es más importante, en los puntos cruciales esas tendencias están sometidas a la elección (y de manera creciente en las sociedades modernas se producen

---

<sup>1</sup> En su ensayo «Has Futurology a Future?», Robert Nisbet escribe: «La esencia de la futurología es que el futuro se apoya en el presente, lo mismo que nuestro presente se apoya en el pasado... Fundamental, a mi entender, para predecir el futuro es la suposición atractiva, pero absolutamente falaz, de *que la continuidad del tiempo está emparejada con la continuidad del cambio o la continuidad de los acontecimientos*» (*Encounter*, noviembre, 1971; cursiva en el original). Utilizando un antiguo proverbio ruso, Nisbet está derribando una puerta abierta. Ha establecido un grupo de metáforas –el futuro, el cambio, el tiempo– sin ninguna referencia al contenido o a las relaciones, de manera que se puedan crear fácilmente incongruencias entre las palabras en cuanto palabras. La consecuencia metodológica afecta a los *tipos* de predicción sobre las diferentes formas de fenómenos sociales. Es por lo que nunca me ha gustado ni he utilizado el término *futurología*; carece esencialmente de significado.

<sup>2</sup> Se trata de una confusión corriente. Por ejemplo, se oye hablar mucho de *conciencia*, o *tomar conciencia*. Sin embargo, como señalaba William James hace ya tiempo, no hay propiamente conciencia, sino conciencia *de* algo. Véase «The Stream of Consciousness», capítulo 2 de *Psychology: The Briefer Course* (Nueva York, 1961; publicado originalmente en 1892).

intervenciones conscientes de los hombres con poder), y la decisión de acelerar, desviar o anular las tendencias es una intervención política que puede crear un punto de inflexión en la historia de un país o de una institución.

También cabe plantearlo de manera diferente: la prognosis es posible sólo donde se puede presumir un alto grado de racionalidad por parte de los hombres que influyen en los acontecimientos, reflejado en el reconocimiento de los costos y limitaciones, la aceptación o definición general de las reglas del juego, el acuerdo de seguir estas reglas y la buena disposición para ser consecuentes. Así, hasta cuando se producen conflictos, cabe mediatizar la situación con arreglos y cambalaches, si se sabe que los proyectos de cada partido aceptan los costos y las prioridades. Pero en muchas situaciones humanas – y de manera particular en las políticas– están en juego privilegios y prejuicios, y el grado de racionalidad y consecuencia es bajo.

¿Para qué sirve, entonces, la prognosis? Aunque no se puedan predecir los resultados, se pueden especificar las *restricciones*, o los límites, dentro de los cuales serán efectivas las decisiones políticas. Dados los deseos de los hombres de controlar su historia, la prognosis supone una conquista distintiva en la autoconsciencia social.

Daniel Bell,  
*El advenimiento de la sociedad postindustrial.*  
*Un intento de prognosis social.*  
Alianza Editorial, 1981, p. 3.